

Una historia natural del Bien

CARLOS CASTRODEZA

El bien, la racionalidad y lo natural

Para empezar, se impone un cierto juego de palabras. Así, en un mundo naturalizado todo es, y es bueno, “mal que pese”, porque, *de por sí*, lo natural es bueno y lo que va *contra natura* es malo. Ahora bien, en un mundo naturalizado nada va *contra natura* porque todo es natural. Así pues, desde esta perspectiva, el bien, como lo racional, son términos vacíos porque se aplican a todo. En efecto, al igual que el bien, todo lo que ocurre es describable racionalmente, lo irracional sería algo intrínsecamente humano y tendría una connotación directamente antropomórfica. Entonces, si con lo natural lo intrínsecamente humano es simplemente un añadido “para entendernos”¹, en el entendimiento de ser, ese añadido, pura retórica comportamental (etológica), en consecuencia, todo es obviamente racional.

Análogamente, se dice que los seres no humanos son irracionales, pero aquí la acepción de irracional supone que dichos seres no obran conscientemente, eso es todo. Los animales humanos entonces son como máquinas, pero no como máquinas cartesianas, ni siquiera como máquinas esquizoides (al estilo de las propuestas por Deleuze-Guattari hará ya seis lustros), sino como máquinas darwinianas, máquinas que sienten, se sienten, padecen y se padecen. Sentir padeciendo, por no hablar de sentirse padeciéndose, es malo y reconocerlo es bueno, lo malo así pasa a ser bueno en el mismo acto de su condena. Porque en un sentido antropomórfico, que no estrechamente naturalista, lo malo y lo bueno son metáforas de valor cambiante según el contexto como consideración².

En suma, todo lo que tiene su razón de ser es natural, es decir, es bueno, y por ende es racional, aunque sea de un modo gratuito y trivial. El mal no metafórico no sólo no tiene cabida en un mundo naturalizado

¹ Es un “añadido” en el sentido de “suplemento” derridiano, es decir, un suplemento que no sólo suple sino que ya está en lo que “suple”.

² Una idea análoga la encontramos ya en la parte IV de la *Ética* de Spinoza o en Nietzsche, especialmente en *La Genealogía de la Moral* o en *Más allá del Bien y del Mal*.

sino que no tiene sentido. Pero para describir el mundo naturalizado hay que enajenarse del mismo aunque sin dejar de pertenecer a dicho mundo. Hay que ser juez y parte.

¿Pero no es vivir en un mundo naturalizado, como si se fuera algo aparte, una actitud desnaturalizadora? No necesariamente. La conciencia de uno mismo es también algo natural, prácticamente *de por sí*, porque sencillamente en un mundo naturalizado todo es natural haya surgido o no por selección natural (existen otros tipos de génesis naturalistas³). Todo tiene, *de por sí*, su razón de ser, de tal modo que lo artificial como opuesto a lo natural sólo significa naturalmente humano.

Patologías, conveniencias y comportamientos “encontrados”

Por lo indicado, considerando tanto la acción humana como la animal propiamente dicha, ambas acciones implican comportamientos, acciones etológicas. Lo que se hace apetece más hacerlo que lo que no se hace, aunque sea una apetencia patológica, es decir, irracional porque no se ajuste a la consecución de objetivos previstos para la propia supervivencia (o mejor dicho reproducción, función que tendría prioridad sobre la propia supervivencia⁴). Porque lo que se hace, se insiste, se hace por apetencia. Y aquí surge el primer problema y con él la primera solución. Si lo que apetece hacer no se puede hacer, el impedimento se llama mal (mal metafórico), así como si lo que apetece hacer no es conveniente hacerlo. Entendiendo por conveniente, conveniente para la propia supervivencia (esto es, reproducción). Claro está que puede haber otro objetivo que no sea la propia supervivencia, o la misma reproducción, pero esta cuestión no es directamente relevante a la argumentación que se esgrime. El caso es que ambos contratiempos generan sufrimiento. El mal metafórico es el sufrimiento real y supone una falta de ajuste entre lo que se pretende y/o se puede hacer y lo que apetece llevar a cabo. Pero, básicamente, esa falta de ajuste es perfectamente natural y por lo tanto buena (no metafóricamente), aunque desde una perspectiva local, individual⁵ y antropológica sea mala (metafóricamente).

Así, el mal metafórico aunque no sea parte de la realidad naturalizada, sí es parte de lo real aunque sea en un sentido trivial. Porque lo real es todo. En lo real domina el “todo” en el sentido de que en lo real está todo, sin orden ni concierto alguno. Lo real es el caos primigenio a partir del que surgen múltiples manifestaciones o perspectivas, en el sentido nietzscheano del término. El orden no es algo primariamente natural sino que es una manera de expresar una vivencia (perspectiva) específi-

³ Véase la primera parte de mi *Los Límites de la Historia Natural: Hacia una nueva biología del conocimiento*. Akal (Madrid, 2003)

⁴ Para la argumentación de esta importante tesis se puede consultar la obra del etólogo australiano James S. CHISHOLM, *Death, Hope and Sex: Steps to an evolutionary ecology of mind and morality*. Cambridge University Press (Cambridge, 1999).

⁵ En lo que se refiere al ser humano la perspectiva individual sería tributaria de la génica (CASTRODEZA, *op. cit.*, segunda parte).

ca, como pueda serlo el mal (siempre metafórico), o la irracionalidad⁶.

Sin embargo, en un mundo naturalizado, el sufrimiento humano tiene el mismo sentido que el sufrimiento de un río o de una montaña. Es más, el sufrimiento humano, que por muy real que sea en términos coloquiales se identifica con el mal metafórico, sería desde una directriz naturalista algo en principio “bueno” porque sufrir es el modo como el organismo se redirige hacia los derroteros orgánico-etológicos que salvaguardan su propia supervivencia (si este es el objetivo). El único problema grave es el de los sufrimientos “encontrados” (*at cross purposes*). Por ejemplo, un depredador carnívoro infringe sufrimiento en su presa y si su presa dificulta su propia captura, la presa infringe sufrimiento en su ejecutor. Sí, a la postre, todos sufren, sufrimos. Sufren, sufrimos, porque somos recursos los unos de los otros (así, darwinizando a Protágoras, a través de Levinas, podríamos decir que, en efecto, es “el otro el que es la medida de todas las cosas”). Y los recursos son la última salvaguarda de la supervivencia individual y, por ende, colectiva⁷. O sea que lo que ocurre *de por sí* es bueno en un cosmos naturalizado, pero desde la perspectiva más amplia de lo real puede ser malo, porque en lo real caben otros mundos, otros mundos que, por otra parte, desde la perspectiva natural serían, en alguna medida, virtuales. Por un lado hay apetencia. La apetencia es natural. Pero, por otro lado, se impide esa apetencia, quizá con otra apetencia contraria por parte del *otro*. Ese cruce de apetencias, esas apetencias encontradas producen sufrimiento propio y/o deleite sobre el sufrimiento ajeno. Y eso es malo aunque no vaya *contra natura*, ¿cómo puede ser? Volviendo a la metáfora.

El bien a secas

Un caso siempre reciente y espeluznante desde que ocurriera, difícilmente convertible en bien, aunque sea de una manera retórica, es el de los crímenes efectuados por los nazis sobre otros seres humanos. No se puede acudir a una patología de tipo sádico o similar, ni tampoco, como implicaría Darwin (o Dostoyevski a su manera) manifestar que en ausencia de Dios y en su sustitución por un proceso de selección natural, por ejemplo, todo está permitido. Hay que introducir una culpabilidad no reactiva⁸, aunque se naturalice esa culpabilidad⁹, y de esa manera se haga buena la culpabilidad, aunque se haga buena de una manera naturalísticamente vacua. Pero es que en las relaciones entre los seres vivos hay unas reglas de juego que precisamente se ajustarían por selección natural. Si yo me aprovecho de mi prójimo, si le convierto en un esclavo, en mercancía, termino dependiendo de él a la manera hegeliana. Porque el

⁶ De hecho, el perspectivismo nietzscheano darwinizado correspondería a las distintas adaptaciones posibles y existentes. En efecto, cada adaptación globalizante es una perspectiva que va más allá de cualquier relativismo o dogmatismo.

⁷ Y, por supuesto, génica.

⁸ Algo que Nietzsche no consideró jamás por razones psicosociales que resultan claras después de leer el magnífico texto de Giles FRASER, *Redeeming Nietzsche: On the piety of unbelief*. Routledge (Londres y Nueva York, 2002).

⁹ Y de hecho se metanaturaliza en el *Ser y Tiempo* de Heidegger al considerarse como existencialista.

parásito, cual amo, que no destruye a su huésped –el esclavo– destruyéndose a sí mismo, termina colaborando de alguna manera con ese huésped. El parasitismo se regenera así en mutualismo, o simplemente abandonando el huésped a su suerte (esto es, puede haber “estancamientos” que duren una “eternidad”). El mal se recuerda, y se recuerda hasta que se destruye. El mal tiene así una existencia provisional, aunque persista un tiempo en el recuerdo. Está bien que aparezca el mal porque así se puede neutralizar, destruir, pero está mejor que aparezca de una manera simulada, esencialmente virtual. El recuerdo del mal se impone hasta que se destruye, porque el mal puede afectar a cualquiera. Luego ya el recuerdo no se impone, pero acompaña un tiempo.

¿Es buena la verdad? ¿Nos hace libres la verdad?

Como se viene enfatizando, el bien en el orden cósmico contemplado por el hombre es algo trivial, indiferente al sufrimiento del hombre, aunque éste en una vivencia particular pueda hacer de ese orden artificial una vivencia estética más o menos reconfortante. Así, la verdad es buena en el sentido trivial que se viene aludiendo. Pero para el hombre la verdad es sufrimiento.

Porque en última instancia la verdad supone enfrentarse, al día de la fecha, a un deterioro orgánico progresivo hasta la muerte. Y si se vive lo suficiente el tránsito entre la vida y la muerte se torna imperceptible, imperceptible por el horror que supone un deterioro en que el rigor de la antesala de la muerte se “disfruta” en vida. Es la verdad de Schopenhauer que no pudo aceptar Nietzsche, porque nada se gana sustituyéndolo todo por interpretaciones de interpretaciones, por mucho que se considere que el arte sea más que la verdad hasta tal punto de que nos hiciera desear un “retorno eterno”¹⁰. Por muchas interpretaciones que se amontonen y se encadenen no se puede desvirtuar el mal personal dentro de un mundo tan trivialmente bueno¹¹. Tampoco Schopenhauer acepta el reto, porque esconderse dentro de un quietismo oriental o de manifestaciones artísticas precederas más bien a la corta que a la larga sigue siendo un simulacro de salvación. Cristo en la cruz sufre y simboliza el dolor gratuito que nos une a todos. Pero Cristo resucitado se nos escapa, nos aturde, se nos antoja demasiado increíble para ser cierto. ¿Y si fuera cierta esa muerte y resurrección?, ¿adónde vamos con Cristo resucitado?, ¿a una eternidad sin sufrimiento? Pero el mismo término de eternidad genera sufrimiento, tanto, si no más que la finitud (recuérdese la propuesta de Calipso a Odiseo y la decisión de este último).

10 El mismo Nietzsche en momentos malos de su enfermedad deseaba la muerte, como “cualquier hijo de vecino” (véase una convincente explicación psico-social del “retorno eterno” en FRA-SER, *op. cit.*).

11 Tampoco el mal es ignorancia porque el mal no es excusable.

Sí, estamos atrapados, sin salida, en un mundo bueno, trivialmente bueno, donde la realidad del mal metafórico como del sufrimiento real es parte de esa trivialidad, pero trivialidad epistémica, donde nuestra realidad fisiológica es personalmente mala y doliente, y decidimos, convenimos, que no es trivial porque nos pudrimos en nuestra propia carne.

La solución estoica es casi cómica, porque aceptar lo que tiene que ocurrir *de por sí* es ridículo. Si se acepta es por las buenas y por las malas al mismo tiempo. Y no se puede decir que es inaceptable, porque ¿qué sería aceptable? En el mejor de los casos hay grados de inaceptabilidad aunque todos se nivelen desembocando en el mar de muerte.

Desde la biología, desde la genética, desde la ciencia en fin, estamos programados para vivir, prácticamente a toda costa, contra viento y marea, con el objeto de preparar el terreno para una próxima generación, pero por otro lado por nuestra constitución orgánico-adaptativa contemplamos nuestra misma finitud, nuestra cruda temporalidad. De cualquier manera que fuera nuestro desenlace, nos sentiríamos padeciéndonos, porque a la postre o hay fin o no, y en ambos casos estamos desamparados. De modo que el mejor bien es no aceptar lo inevitable, adoptar una rebelión irracional porque irracional es la solución de la selección natural. Vivir desilusionados de ilusiones, y quizá mejor al revés, ilusionados de desilusiones. Se trata de rebelarse aceptando lo inevitable, residir en una contradicción cada momento, cada instante, aunque esa misma conciencia suponga más sufrimiento en un mundo natural bueno y perfecto entre muchas alternativas perfectas. Ya no nos podemos esconder, ni ilusionar ni desilusionar, ni siquiera drogarnos con una actividad estética tan incierta e indefinible como su propia naturaleza o falta de naturaleza.

Especular sobre la propia condición es bueno, porque se tenga tiempo y ganas, aunque signifique simplemente el compás de espera que genera el ocio. No especular, pudiendo, es como querer esconderse en un *panóptico*. O lo que es mucho peor, no especular por no poder, porque las condiciones externas nos hagan la existencia lo suficientemente onerosa. El resultado en los tres casos es sufrimiento y aburrimiento en distintas dosis según sea la situación, a no ser que estemos ausentes, vivos o bien muertos.

En definitiva, el bien es la ausencia propia, que no la ajena, aunque la primera implique la segunda, que no al revés.